

("El Correo", Valencia, 16 agosto 1900).

CURIOSIDADES



—Hombre, dime, tú que te fijas en esas cosas, ¿qué quiere decir eso *le calamo corriente*?

—Al correr de la caña, como si dijéramos, al correr de la pluma.

—¿Y por qué caña y no pluma?

—Hombre, hoy ya ni es pluma ni es caña, pero antes de usarse plumas de ave para escribir, y te am la frase.

—Todavía hay quien se hace con cañas sus portaplumas.

(Yo uno de ellos, por lo cual puedo decir al pie de la letra *calamo corriente*, que es como suelto este articulo)

—Y como las tales cañas se metían en el tintero, se llamó al tintero *calamarium*, esto es: cañero. Au hoy en día llámasele al tintero en italiano *calamaio*. En castellano sería, de tener nosotros la palabra, *calamera* ó *calamar*.

—¿Calamar?

—Calamar, exacto, que en su primitiva y etimológica acepción significa «tintero», del recipiente en que se mojaban las cañas, y que luego se aplicó metafóricamente al jibón por la tinta que da.

—Es curioso. Podría preguntarse como acertijo: ¿qué tiene que ver el calamar con la caña?

—Mejor sería preguntar qué tiene que ver el calamar con el caramillo, tomando otro derivado del latín *calamus*, cual es el caramillo ó *calamillo*, es decir, cañita.

—Es extraño como algún escritor festivo no se apodera de todas cosas y las explota.

—Es uno de mis temas favoritos, el de que si nuestros escritores festivos tuvieran más cultura que la que tienen, dispondrían de más recursos. Es incalculable la fuente de chistes, de grotescas comparaciones, de extraños cotejos, que es una ciencia cualquiera. En cierta ocasión, leyendo a un escritor festivo francés me encontré con una cosa que me hizo muchísima gracia, y es que yendo un individuo á quien acababan de borrarle un ojo de un puñetazo á que se lo viese un médico, empezó éste su consulta, preguntándole: ¿su padre de usted padeció de la vista? Es fácil, me dije, que se le ocurriera esto al escritor después de haber leído algo acerca de la ley de la herencia.

—Veo un peligro en esa fuente de chistes, y es que pierdan éstos su espontaneidad y que el escritor festivo se vuelva pedante. Casos se ven de ello.



—Es verdad, pero ahí está el talento para reducir á carne lo abstracto y sacar gracia natural, clara y sencilla de cuento tan complicada. Lo cierto es que en todas épocas los grandes escritores festivos y humorísticos se han distinguido por su gran cultura y por la variedad de ella. Buen ejemplo nos ofrece entre nosotros Quevedo. Y si los chistes de las piecitas de nuestro género chico hieden de ordinario de puro sobados y resobados, débese á la menguadísima cultura de los que los paren.

—¿Es que crees que la mucha y variada cultura da gracia y hace chistoso al hombre?

—Nada de eso, pero sí creo que quien nace con aptitudes para lo festivo, las corrobora y fomenta con la mucha y variada cultura. Y creo más, y es que el espíritu crítico y la cultura grande y extendida á muy diversos ramos predispone á ver los contrastes ridículos y el lado grotesco de las cosas. He observado que cuanto más estrecho sea el espíritu de un hombre y más pobre y circunscrita su cultura tanto más serio suele ser el sujeto y tanto más incapaz de ver lo humorístico.

—Pues yo conozco gente muy culta y más seria que un corcho.

—Guárdate bien y observa si esa seriedad no es más aparente que real y si debajo de ella no hay un fondo de sutil ironía, de ese finísimo humorismo tan poco adaptable á nuestro pueblo, porque, en el fondo, pocos pueblos conozco más serios y más incapaces de sentir lo humorístico que el pueblo español.

—No se cree así aquí.

—Como no se creen otras cosas. Pero el caso es que los más de los chistes que leo en nuestros semanarios festivos son chistes de palabras, juegos de palabras, chistes de primer grado, ó verdes. El chiste elevado, el chiste de concepto rara vez se encuentra. Y en cuanto á

la tan decantada gracia meridional todavía no la he visto. Consiste más en la dicción que en el fondo de la cosa. Es inútil darle vueltas, cuanta más cultura se posee se ven más analogías y más contrastes entre las cosas, y es más fácil hacer surgir la impresión de lo ridículo. De antiguo se ha hecho notar que el burro jamás se ríe.

—Vaya adonde nos han traído el calamar y el caramillo.

—Así son las cosas, hay que dejarse llevar de ellas. Una conversación tiene siempre algo de desorden lírico; no hay más hilo que el de la eventual asociación de ideas: es un riachuelo de montaña, no un canal.

—Una sarta sin cuerda, vamos al decir.

—Justo, ó un calamar ballando al son de su pariente el caramillo.

Miguel de Unamuno.



UNIVERSIDAD
SALAMANCA

GREDOS.USAL.ES

15.2/211